

Gómez Carrillo:

4 glosas intemporales

Escribe: HUMBERTO JARAMILLO ANGEL

I — VARGAS VILA Y GOMEZ CARRILLO. ODIOS LITERARIOS

“Pío Baroja ha dicho que América es el Continente estúpido y Vargas Vila lo prueba”. *E. G. C.*

Estrada Cabrera —a cuyo servicio, en París, se había puesto, por la excelente remuneración que por ello obtenía, Gómez Carrillo— tuvo la culpa. Toda la culpa: antes, lo mismo entre Darío, Vargas Vila, Nervo, Blanco-Fombona, Ugarte, los García Calderón y otros grandes escritores de América y de España, hubo, siempre, con el atrevido hijo de Guatemala, en la capital francesa, mucha y muy sincera amistad.

Gómez Carrillo, con su adhesión a la dictadura de Estrada Cabrera, rompió, en parte, toda clase de buenas relaciones, sino con todo el grupo, al menos, sí, con Vargas Vila. No soportaba, el terrible panfletario colombiano, el elogio a un déspota, por ningún motivo o por ninguna suerte de consideración económica o literaria. El autor de *Bohemia sentimental* era distinto: Carrillo para ganar dinero, no ahorraba ni medios ni oportunidades. Gustaba gastarlo, en vicios, viajes, lujos y mujeres, sin medidas ni tinos.

Vargas Vila y Darío, en el caso de la disputa entre Nicaragua y Guatemala, es decir, entre Zelaya y Estrada Cabrera, optaron por defender a Zelaya. Nada importaba, para emprender

esa defensa, que Zelaya, durante diez y seis años, hubiera sido, a su turno, dictador en la patria de Rubén. Vargas Vila —que jamás vendió ni su libertad ni su trabajo a ningún sátrapa— tenía, no obstante, por Zelaya, admiración y respeto. Por eso, sin duda, fue por lo que acompañó a Darío en la defensa de don José Santos, el viejo caudillo en el exilio.

Fue largo, cruel y definitivo el odio surgido entre Vargas Vila y Gómez Carrillo. El príncipe de los cronistas, que solía no solamente desafiar a sus enemigos sino batirse, con ellos, a espada, en el campo del honor, no quiso, acaso por su falso orgullo, retar, a duelo, a Vargas Vila. Ni a Rubén. La pelea, entonces, fue literaria. Varios artículos, escritos en contra de Vargas Vila, publicó, en la prensa americana, Gómez Carrillo. Y lo mismo hizo Vargas Vila. Cuando Carrillo murió, el 29 de noviembre de 1927, en París, el único escritor de América que no lo sintió fue el autor de *Flor del fango*. Y tenía, para no sentirlo —tampoco se alegró— muchas y muy poderosas razones.

El magnífico biógrafo, tanto de Darío como de Gómez Carrillo, Edelberto Torres, en su maravillosa obra sobre el guatemalteco genial y altanero, cita, al hablar de la honda enemistad de Vargas Vila y Carrillo, apenas, los apartes de un desmedido panfleto de Enrique. No cita, como debiera haberlo hecho, nada de lo escrito por Vargas Vila sobre el carácter y la vida de Carrillo. El errante cronista, cuando se trataba de injuriar, no carecía de valor, insolencia o audacia:

“Pero esto no impide pensar que son los escritores como él, hijos bastardos de Montalvo y de Sarmiento, aduladores de la plebe semiafricana y semi-india del litoral tórrido, los que en América, sirviéndose de un lenguaje sibilino, cómico, cultivan en las masas ignorantes de las regiones menos adelantadas, el viejo y antiespañolismo literario, que ya en la Argentina, en Chile, en el Perú, en el Uruguay, en Guatemala, en Colombia no existe, sino como recuerdo de la época de las guerras de independencia. Y al darme cuenta de ello, tengo, por fuerza, que decirme que la obra de Vargas Vila no es únicamente una obra bufa, sino también una obra nefanda, que explota, con fines editoriales, los sentimientos menos nobles de ciertas plebes”.

Cita, todo lo anterior, Torres, como para significar, con ello, el valor de Gómez Carrillo. Muy natural, lo de dicha cita. Pero...

Y para satisfacción de Colombia, de los colombianos que vivimos orgullosos de ser compatriotas de Vargas Vila, ¿no hubiera resultado justo citar, del mismo modo, algunas palabras escritas por ese genio solitario cuyo verbo encendido aún continúa castigando toda suerte de infamia que se cometa en contra de la libertad?

II — ROMA. CARRILLO Y LA DUNCAN

“Tras la exposición filosófica de su arte, hizo una ilustración plástica bailando en el jardín toda desnuda”.
E. Torres.

Sucedió, todo, en Roma. Con poetas y entre poetas. Presidió Gabriel D’Annunzio. A su casa —la casa del héroe de Fiume— llegaron, la Duncan y Enrique Gómez Carrillo, vestidos a la griega. El príncipe de los cronistas lucía de himación. Isadora, en cambio, ostentaba la suave y dulce elegancia de kitón. “En un carro sin toldo, tirado por un caballo, iba el auriga coronado de laurel y a su lado la rubia Isadora, serena como Minerva, lanzando a un lado y otro los dardos azules de sus miradas”.

Gómez Carrillo, en efecto, a su llegada a Roma, fue, sin tardanza, a saludar a la fina, la exótica, la mágica danzarina de los pies desnudos. Y le hizo una invitación. Isadora aceptó el caprichoso convite de Carrillo. Y, por las calles de la ciudad de los Césares, atrayendo la mirada curiosa de las gentes, fueron, como queda transcrito, en busca de la casa de Gabriel D’Annunzio. La casa del poeta, más que morada residencial, era un palacio romano. Acaso del tiempo de Nerón o Caracalla. Darío Nicomene, amigo de Gómez Carrillo e íntimo de D’Annunzio, completaba el voluptuoso cuarteto de selectos espíritus bohemios.

D’Annunzio, desde que se conoció con Gómez Carrillo, en París, le cobró admiración y cariño. Una admiración, mutua entre ambos, que no cesó nunca y de la cual, en más de una lírica oportunidad, hizo pública gala el autor de *El triunfo de la muerte*. Carrillo, por su parte, testimonió, a su vez, el hondo cariño que le profesaba al genio italiano. En *Sensaciones de arte*, un libro de ensayos literarios del guatemalteco, puede leerse el estupendo trabajo escrito en torno a D’Annunzio y su obra, por Gómez Carrillo:

“Gabriel D’Annunzio está tan lejos del satanismo romántico y de la sencillez naturalista, como del refinamiento irónico. Su ideal consiste en reproducir artísticamente el panorama de la vida interior, para que los curiosos de sicología puedan contemplar, en sus obras, el panorama del alma sensitiva en sus complicaciones de vida íntima”.

Edelberto Torres, en su biografía de Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante, hace alusión al episodio de la visita del escritor y la danzarina al palacio del poeta. Y cita, para ilustrar a sus lectores sobre la buena y firme amistad habida entre los dos geniales artistas, unas líneas epistolares, firmadas por D’Annunzio, y con destino a un amigo suyo y por el motivo de la llegada del cronista a Roma:

Saro molto felice di avere il latinissimo Carrillo á colazione frugale qui da me giovedì al tacco.

¡Un romántico actor y una espectacular y romántica visita! Torres, en su libro, al referir el episodio que ahora glosa, se pregunta, en el colmo del estupor: “¿Cómo llegó Gómez Carrillo a esa intimidad con la maravillosa yanqui?”. Y, en seguida, comenta esto otro:

“Cuando bailó, en un teatro de París, el gran Rubén Darío apenas pudo ser espectador, pagando con dolor de su bolsillo los veinticinco francos de la butaca; pero quedó tan encantado que escribió una de sus áureas crónicas y uno de sus áureos poemas”. *La bailarina de los pies desnudos*. “Tan complacido quedó el poeta que se consoló del egreso de los veinticinco francos”.

Le cantó, de esa manera, en su alado poema, Darío, a la Duncan. Enrique Gómez Carrillo, al igual que Gabriel D’Annunzio, fue, sin duda, con la divina griega nacida en San Francisco, Estados Unidos, más afortunado. Ellos lograron, quizás, lo que, pudiendo hacerlo, no lo hizo, el día de la visita hecha por la Duncan a su taller, Augusto Rodín.

Sucedió en Roma. Enrique Gómez Carrillo, sirviendo de auriga, y vestido al estilo griego himatión, condujo, por las calles de Roma, el carro que era tirado por un brioso caballo de la azul Lombardía.

III — TAN ESPAÑOL COMO CERVANTES

“Todos los que escribimos en español somos españoles”. E. G. C.

No uno sino varios banquetes le hicieron, sus amigos, en París, a Enrique Gómez Carrillo. Cada que volvía de un largo viaje por el Japón, por Egipto, por Rusia o por Italia, los poetas, los artistas, los escritores y hasta los simples rastacueros llenos de dólares, se creían obligados con el príncipe de los cronistas. Entonces lo invitaban al restaurante “Cardinal”, al hotel “Maggesti”, al café “Napolitain”, en la calle de La Castellana, o a otro sitio indicado, en el propio Barrio Latino o en Momparnase. Asistían, así, centenares de amigos, colegas y admiradores de su obra, de su vida y de su altivo y fiero carácter de genial mestizo o de levantisco hijo adoptivo de Francia.

Uno de tales banquetes le fue ofrecido a su regreso de Jerusalén a donde había tornado, luego de su primer viaje a tierra santa, para enterarse, mejor, de muchos aspectos de la legendaria ciudad y de sus románticos moradores, los hirsutos creyentes de todas las religiones. París, aquella ocasión, supo dar, por conducto de sus mejores artistas, un voto más de amor a Carrillo y de admiración por su fecunda obra literaria.

No hacía muchos meses —o muchos días, sin duda— que se había puesto en venta su libro *Jerusalén y la tierra santa*, esa suma de finas crónicas cuya publicación le valió, a Carrillo, que un obispo colombiano lo excomulgara. París leyó, en francés, esa obra. Y la leyó, América, en castellano.

Era, por ese tiempo, embajador de España, ante el gobierno de Francia, el escritor Pérez Caballero. El presidió dicho banquete. Y pronunció el discurso de ofrecimiento, “parte en francés y parte en español”. Apenas recogidas las copas y los platos de la mesa del convite, Gómez Carrillo se marchó, como en otros días, rumbo a Madrid. En la genitora urbe sus amigos le dieron otro banquete. Fue Francisco Villaespesa quien organizó el maravilloso acto. Y, como había sucedido, en fecha anterior, en París, sucedió también en Madrid: asistieron centenares de literatos amigos de Carrillo.

Edelberto Torres, en su admirable biografía del cronista, lo cuenta. Y transcribe unos apartes del discurso con el que Gómez Carrillo les dio, a todos los anfitriones, las gracias. Reafirmó aquella noche, su españolismo. Su ardiente, su sincero, su profundo y su total españolismo de sangre, de lengua, de nervio, de hueso y de carne. Su españolismo de bohemia sentimental y de poesía romántica:

“...Algunos de los amables compañeros a quienes acabáis de oír os han dicho que no soy español. Bien han dicho, pues de lo contrario, os aseguro que ni siquiera lo habría yo recordado. Desde que comencé a escribir, en efecto, me sentí completamente español, tan español como cualquiera de vosotros. Y no creáis que a este sentimiento contribuyera en lo más mínimo el origen de mi padre. No. No es únicamente la sangre lo que constituye el españolismo. En los que escribimos, hay algo más importante, que es la lengua. Todos los países en los cuales se habla español son españoles. Todos los que escribimos en español somos españoles”.

Y, eso fue, por sobre su grande y hondo amor a Francia, Enrique Gómez Carrillo: un español nacido en Guatemala y hecho, por su pasión estética, parisiense, hijo adoptivo de Francia. A don Ramiro de Maeztu, una ocasión, se lo había dicho, en una carta:

“No soy americano, sino español”.

Sí. Tan español como Cervantes o como don Lope de Vega.

IV — CONSUELO SUNCIN

“Como el pájaro azul de Maeterlink, abandonó la jaula hogareña y voló en busca de la felicidad”. *E. Torres.*

En Niza estaba la casa. Había sido adquirida con el producto de crónicas, escritas para diarios de España y de América. Cuando hubo de bautizar dicha casa —una risueña quinta edificada frente al mar azul— su dueño escogió el nombre de “El Mirador”. Su dueño, en este caso, no podía ser nada mas —no nada menos— que un poeta. Un artista. Un bohemio. Un hombre enamorado del amor, de los viajes, del arte y la belleza. Por eso, allí pasaba, en compañía de una mujer o de escritores amigos

suyos, largos meses dedicados al ensueño, los placeres del vino, las mujeres y los deliquios de todas las pasiones. Y era feliz.

Al “Mirador” —un paisaje azul con vista, por la izquierda, al Mediterráneo y, por la derecha, al maravilloso espectáculo de las dulces tierras alpinas— fue a vivir al Consuelo Suncín, “una joven bella e inteligente” que se enamoró, casi en forma súbita, del dueño de la quinta. Ella había nacido en El Salvador. Cuando se marchó, en pos de fracasos o de triunfos, lo hizo yéndose para Méjico. En Méjico se casó, también súbitamente, con “un apuesto mejicano” que no pudo hacerla dichosa y del cual se separó, en seguida, para volar a otros sitios e ir a caer a otros brazos. Tenía, Consuelo, sed de hermosas aventuras y de ardientes goces sentimentales.

Edelberto Torres, en su libro sobre Enrique Gómez Carrillo, pinta así, el carácter y el físico de la Suncín:

“...Pequeñita, el ensueño la engrandecía; la breve nariz, ligeramente recogida, respiraba un aire que sentía venir de más allá de la existencia común; la menuda boca, una roja guinda, aspiraba al beso de la gloria encarnada en algún hombre de los que viviendo, ya la gozaban”.

Consuelo, a ese carácter de loca ansiedad y de húmedos suspiros, solía agregarle, a menudo, el hondo deleite de leer. Entonces leía los poetas, los escritores y hasta los amargos filósofos de la negación y la decadencia. Leía a los novelistas más célebres. Vargas Vila era, de ellos, el preferido. Torres, al respecto, comenta:

“...con gusto se habría arrojado a los brazos del anacoreta laico”.

Pero Consuelo —una vez separada, para siempre, del mejicano— a los brazos de quien se arrojó no fue a los indiferentes de Vargas Vila sino a los quemantes de don José Vasconcelos. Carrillo, para hacerle algún pesado chiste al ilustre letrado de Méjico, gustaba decirle a sus amigos, al presentarles a Consuelo: “Les presento a la querida de Vasconcelos”. Don José, a su turno, y poniendo en ello un poco de humor y de ingenio azteca, se vengaba de Gómez Carrillo y, a su turno, decía a los amigos a quienes presentaba a Consuelo:

“Presento a ustedes la prometida de Gómez Carrillo”.

Pero no fue, tan solo, la prometida: fue la esposa. A Consuelo —tercera esposa legítima de Gómez Carrillo— le correspondió vivir en Niza, en la florida quinta “El Mirador”. Allí fue, en brazos de errante cronista, dichosa. Muy dichosa. No duró, sin embargo, muchos años, esa merecida y amorosísima felicidad: un día, en noviembre de 1927, Consuelo tuvo que abandonar ese tibio nido de amor para ir, a París, a ver morir al hombre por quien ella, el pájaro azul de Maeterlink, lo había dejado todo. Todo. Hasta el seguro alero del corazón de Vasconcelos.

En efecto. A Consuelo Suncín le correspondió, para gloria suya, cerrarle, para siempre, los ojos a Enrique Gómez Carrillo. Esto sucedió el 29 de noviembre, a las tres de la madrugada, del año 1927. Edelberto Torres, escribe al respecto:

“...León Pacheco y Toño Salazar se habían ido a reposar después de largas veladas de guardia al lado del moribundo; a las diez de la noche los llamó Miguel Sánchez, el pianista español, que era de los fieles amigos que le servían y que ayudaban a la esposa. Después de la hora cero la agonía entró en su última fase y a las tres de la mañana el torrente circulatorio cesó de fluír”.